

Alberto César Cabral*
Héctor Fiorini**
Hugo Lerner***
Miguel Alejo Spivacow****

El *cómo* de la interpretación en los tratamientos analíticos de una vez por semana

El viernes 17 de noviembre de 2017, en el contexto del Simposio de la Asociación Psicoanalítica Argentina, se realizó un panel cuyo título fue “El *cómo* de la interpretación en los tratamientos analíticos de una vez por semana”. Participaron como panelistas los doctores Alberto Cabral, Héctor Fiorini y Hugo Lerner; el coordinador fue el Dr. Miguel Alejo Spivacow. La mesa transcurrió en un clima coloquial que por razones de espacio no podemos reproducir. A continuación, lo esencial del intercambio científico:

Miguel Spivacow: Leeré, para comenzar, un pequeño argumento que mandé previamente a los tres panelistas pero que de ninguna manera pretende ser taxativo sobre las cuestiones por tocar.

“Los tratamientos analíticos cambian con mayor velocidad que nuestra posibilidad de pensar los reajustes clínicos necesarios. En este contexto de nuevas problemáticas y nuevos encuadres, los tratamientos, hoy, son generalmente de 1-2 veces por semana y en una gran proporción de 1 vez por semana, lo cual requiere un conjunto de transformaciones en el trabajo clínico.

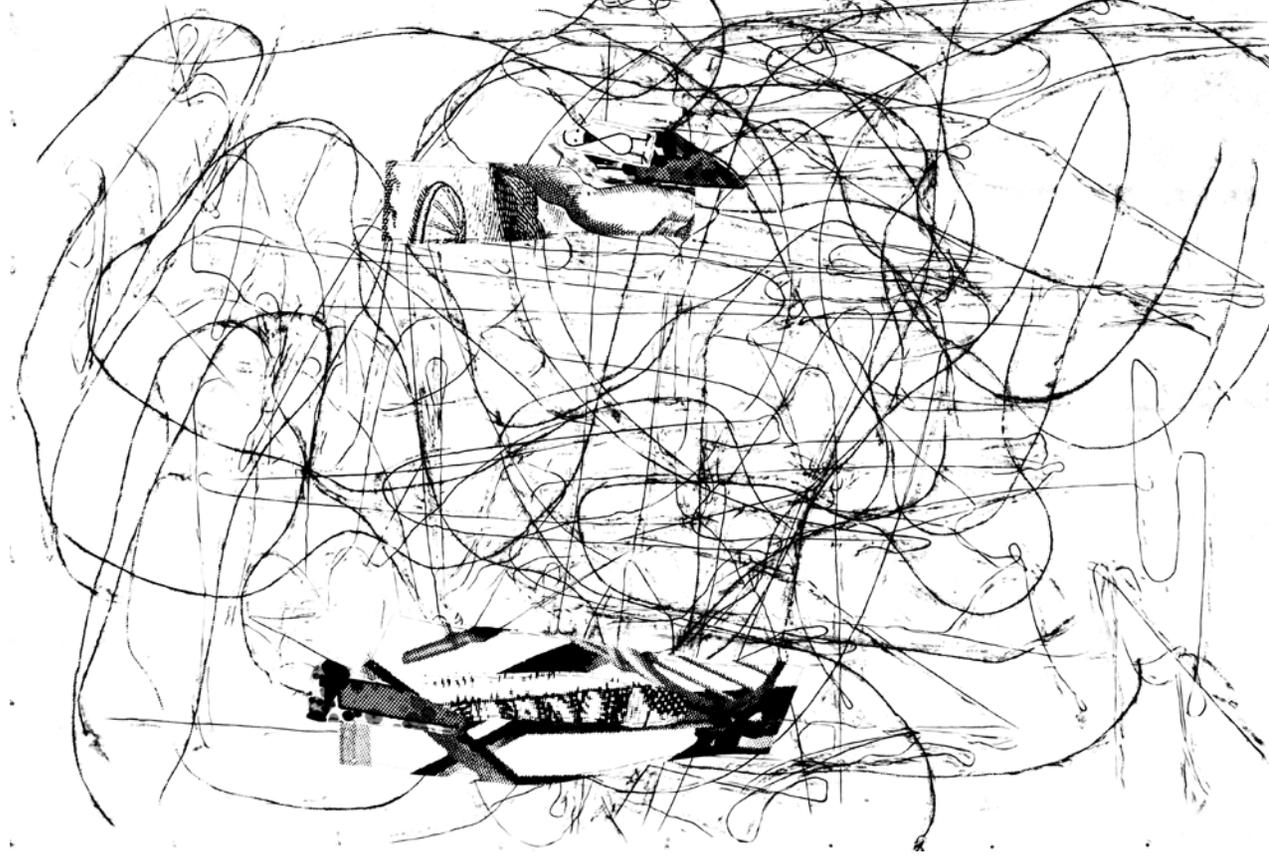
La propuesta del taller es discutir los cambios que esta nueva realidad implica en el abordaje clínico en su conjunto y más en particular en la

* Asociación Psicoanalítica Argentina.

** Universidad de Buenos Aires.

*** Asociación Psicoanalítica Argentina.

**** Asociación Psicoanalítica Argentina, Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo y Asociación de Psiquiatras Argentinos.



construcción de la interpretación. ¿Cómo pensamos la comunicación de la interpretación? ¿Señalaríamos diferencias en cuanto a la posibilidad de formular interpretaciones transferenciales? ¿Vemos diferencias en cuanto a la posibilidad de los pacientes de entender interpretaciones que se refieran a su mundo fantasmático? ¿Cómo pensar la cuestión de la elaboración? En fin... ¿qué diferencias resaltaríamos en cualquier terreno de nuestra práctica clínica en relación con lo que era o es nuestra práctica en tratamientos de tres o cuatro veces por semana?”

Alberto Cabral: Las problemáticas que discutiremos son de mucha actualidad en nuestra práctica, pero tropiezan con dificultades para ser incluidas en la agenda de nuestras instituciones, y así ser debatidas y procesadas.

Voy a apoyarme en la convocatoria de Miguel para empezar a proponer temas para el intercambio. Primera cuestión, entonces, que tiene que ver con la misma formulación de la convocatoria: “la problemática de la interpretación en *los tratamientos analíticos de una vez por semana*”. Es una formulación que me hace un poco de “ruido”. Todos estamos advertidos de la ayuda que supone para la orientación de una cura contar con la posibilidad de ubicar a un paciente en términos de una estructura histérica o de una estructura obsesiva. Pero creo que a esta altura estamos también advertidos de los riesgos de encasillar a ese mismo paciente en una categoría diagnóstica que dificulte la posibilidad de aprehender y de alojar sus particularidades. Me parece que algo de esto podemos pensar también respecto a la formulación de “tratamientos de una vez por semana”.

Me parece que se corre “seriamente” –perdón que lo diga así– el riesgo de *ontologizar* (en el sentido de dar una consistencia) lo que yo tiendo a pensar, más bien, como la posibilidad de administrar un *setting* variable en el curso de un tratamiento extenso, que puede durar años, como suele ocurrir con los tratamientos analíticos. Son tratamientos en los que se van produciendo inevitablemente oscilaciones en las transferencias (al compás de la progresión de la cura, y de circunstancias vitales por las que atraviesan los pacientes) que hacen conveniente que el analista incorpore la noción de *flexibilidad* del encuadre. La noción de una *administración artesanal* del encuadre, que permita desplazarlo del lugar de inmovilidad o fijeza permanente a lo largo del tiempo para convertirse en una herramienta respecto de la cual el analista cuenta con la capacidad de interrogarse periódicamente. Esto es: si el *setting* elegido inicialmente sigue siendo o no el más adecuado para la continuidad y profundización del tratamiento, en ese momento concreto. En ese sentido, me parece que el sintagma “pacientes de una vez por semana” corre el riesgo de promover en el analista cierta posición inercial en relación con un punto respecto al que conviene que estemos alertas. Podríamos decir que esta concepción flexible, artesanal del encuadre, va de la mano de la concepción de un analista advertido de la importancia del *setting* y, por eso, atento al rol que pueden jugar sus variables en los distintos momentos del tratamiento.

En ese sentido, yo pensaba en la realidad de mi consultorio: estoy trabajando con pacientes que *ahora* vienen una vez por semana, pero que en otros momentos han estado trabajando con una frecuencia más alta; de la misma manera que otros pacientes actualmente están viniendo dos o tres veces por semana, y no descarto en absoluto la posibilidad de que, por distintas coyunturas, los *settings* respectivos requieran ser revisados o adecuados. Creo que se me haría difícil pensar (seguramente lo hay) en algún paciente que durante un tratamiento de siete años, por ejemplo, haya mantenido en forma invariable el mismo *setting*.

En esta misma línea, destacaría otro punto de la convocatoria, cuando dice “los tratamientos *analíticos* cambian con mayor velocidad que nuestra posibilidad de pensar los reajustes clínicos necesarios”. Me parece que explicita una cuestión, por supuesto debatible y para seguir pensando: es claro que, para Miguel, y me parece que para los tres integrantes de la mesa, la condición analítica o no de un tratamiento no se adquiere o no se pierde tampoco por el tipo particular de frecuencia de sesiones en que se desenvuelve.

Hasta aquí un primer punto. Miguel hizo referencia en la introducción –y yo lo comparto, me parece muy bien haberlo explicitado– a la valentía de Héctor: al hecho de haber planteado un debate en relación con estas cuestiones, en momentos en los cuales en el ámbito psicoanalítico, en nuestras instituciones, argentinas o latinoamericanas, era problemático plantearlas. Y creo que –hay que decirlo– era problemático plantearlas porque pertenecemos a instituciones componentes de la Internacional (la IPA) que durante más de ochenta años ha hecho pasar explícitamente la línea divisoria entre psicoanálisis y psicoterapias por un criterio eminentemente cuantitativo, centrado en

la frecuencia de sesiones de los tratamientos. Hoy por hoy, desde una perspectiva conceptual, nos puede parecer que se trata de un enfoque pobre, muy reduccionista, pero tenemos que saber que todavía sigue “dando batalla” y suscitando discusiones ríspidas. De hecho, en las reuniones del *Board* donde se planteó la posibilidad de flexibilizar el modelo Eitington, de cinco a tres sesiones semanales –solamente flexibilizarlo–, hubo amenazas de escisiones... descalificaciones de todo tipo de parte de quienes se oponían a la propuesta de modificaciones... y esto ocurrió en las semanas previas y en las semanas posteriores al congreso reciente de IPA en Buenos Aires.

Estos debates toman un carácter pasional, y es muy bueno recuperar una distancia que nos ayude a reubicar cuáles son los núcleos conceptuales que están en juego: más allá de las respuestas identitarias responsables, creo, de las pasiones desatadas... En ese sentido creo que puede ayudarnos Haydée Faimberg, que tiene un trabajo muy lindo sobre el concepto de idolatría. Lo entiende como la relación particular que un analista puede entablar con un concepto teórico o con una forma de practicar el psicoanálisis. Nos dice que, cuando el ser analítico de un colega está constituido alrededor de una posición reverencial frente a un concepto o a una forma de practicar el psicoanálisis, no hay posibilidad de cuestionar ese concepto o esa modalidad de la práctica sin generar angustia, porque el cuestionamiento supone una crisis identitaria. Estos ingredientes obstaculizan la posibilidad de un abordaje conceptual, racional de estas cuestiones.

En ese contexto, mi impresión es que lo que vivimos como “las dificultades que plantean los tratamientos analíticos de una vez por semana” tiene mucho que ver con las dificultades que se les plantean a muchos de nuestros colegas –eventualmente a nosotros mismos– ahí donde se sienten –o nos sentimos– desplegando una práctica que no está sostenida en las exigencias de un “superyó severo arcaico” institucional, seguramente incorporado en forma diferente en cada quien, pero bastante uniformemente extendido en las instituciones a las que pertenecemos. Por el efecto de una prédica de casi ochenta años se fue conformando una suerte de *shibboleth*: quienes lo pronunciaban bien eran los que trabajaban con cuatro o cinco sesiones semanales; quienes lo cuestionaban... no eran pasados a degüello, pero sí degradados a la condición de analistas silvestres o psicoterapeutas: por eso la valentía de Héctor. Uno de los pocos que cuestionaron tempranamente el carácter emblemático que adquiría esa modalidad de la práctica, para abrirle paso a una concepción –en cambio– flexible y artesanal. Insisto con el término artesanal por Winnicott, pero también por Willy Baranger, que ustedes saben que también le ha dado mucho peso a esta dimensión de nuestra práctica.

Dos cositas últimas. Me parece muy importante esta suerte de *delay*, de retraso que hay entre la introducción de modificaciones en la práctica analítica cotidiana y la posibilidad de reflexionar sobre ellas, conceptualizarlas. En realidad, se trata de un fenómeno que no es privativo de las cuestiones que nos convocan. Siempre el análisis ha operado de esa manera. El mismo Freud empezó con una práctica que lo fue distanciando progresivamente de la hipnosis, y después –en un segundo momento– vino la reflexión, la conceptualización.



do de ahuyen

Para terminar, quiero mencionar un par de cuestiones en relación con las dificultades que acarrea la práctica con pacientes de una o dos veces por semana en aquellos colegas que se sienten en infracción con un superyó severo arcaico que prescribe un formato uniforme de utilización del encuadre. Me parece que uno de los efectos es que este analista es proclive a desarrollar una hostilidad inconsciente en relación con esos pacientes que le resultan “incómodos”. Incómodos, porque le devuelven una imagen especular para la cual no fue “formado”. En un caso que discutimos a principio de año en nuestra institución era muy impactante cómo en un momento de crisis, en el desarrollo de la cura, la analista le formula un reproche al paciente –porque en realidad es un reproche, más que una interpretación– en términos de que en definitiva él solo se deja ayudar dos veces por semana, y que ella en ese exiguo espacio de tiempo hace lo que puede. Lo explicita en ese momento (han transcurrido ya varios años desde el comienzo del análisis), pero es claro que es la posición subjetiva en la que operó como analista desde que empezó el tratamiento: con el registro de lo que ella vive como una disponibilidad limitada de parte del paciente, que le despierta inconscientemente hostilidad porque la coloca en un lugar en el que no puede reconocerse como analista.

Último punto: en relación con esta hostilidad inconsciente que se genera –en estas situaciones– en algunos colegas, me parece que otro aspecto por destacar (estaba presente también en el material que evocaba) es la devaluación de la propia práctica por parte de aquellos colegas que sienten que no están haciendo lo que deberían estar haciendo. Lo cual tiene un efecto secundario y es que el analista, ubicado en este trance subjetivo, tiene posibilidades muy limitadas de alojar y desplegar la transferencia negativa de sus pacientes. Tiene una dificultad grande para alojarla y contribuir a su despliegue, porque las manifestaciones de la transferencia negativa tenderán a impactar por debajo de la línea de flotación narcisista de un colega que ya se siente en falta, y que queda más expuesto en su falta, ahí donde sobrevenga el inevitable reproche transferencial. Porque sabemos que es obligado y que enhorabuena que aparezca.

Héctor Fiorini: Es una gran exigencia hablar unos minutos de asuntos que abarcan muchos años y miles de pacientes en una diversidad enorme de situaciones de asistencia. El tema se abre en muchas direcciones, porque algunas son referidas a temas de experiencia clínica y otras presentan preguntas de orden epistemológico, teórico y metapsicológico a la vez. Es decir, no hay zona de la producción analítica que no esté comprometida en un tema de estas características.

En realidad, se habla de un superyó institucional severo que vale la pena indagar cómo se fue constituyendo en el tiempo. Porque Freud cuando hace la comunicación en Budapest que es *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*, en ese trabajo sobre el futuro, habilita a buscar y pide que se busquen nuevas formas de trabajo analítico dado que la demanda va a variar en la medida que sea masiva. Él anuncia un principio muy general, que hay que ver por qué los analistas siguientes prefirieron no tomarlo. En parte un problema epistémico fuerte es que siempre se ha preferido unificar el saber en

lugar de tomarlo en su diversidad, hay una polémica entre unificar y diversificar. Freud en esa comunicación de Budapest decía “hay que diversificar porque la demanda será diversa”. Pero curiosamente cerca de esa comunicación le propone al instituto de Berlín unificar la técnica y reglar la técnica. Con lo cual se trazan dos líneas contradictorias. Esto de la unificación o la diversificación es un tema, en teoría del conocimiento es un tema muy fuerte.

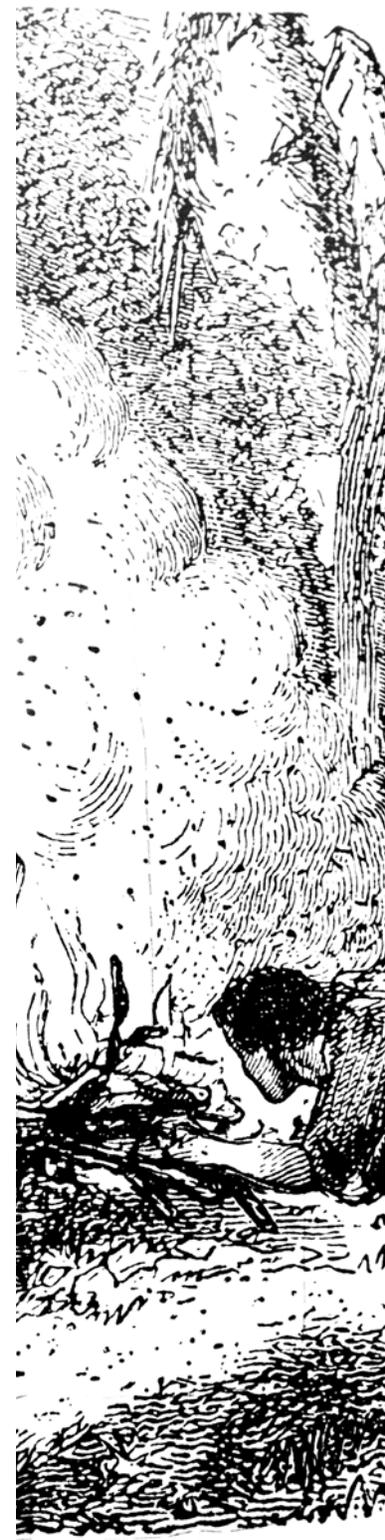
Estoy tentado de leer un pasaje de Albert Camus. Lo voy a leer algo condensado.

El libro es *El mito de Sísifo*:

“El espíritu que trata de comprender la realidad no puede considerarse satisfecho salvo si la reduce a términos de pensamiento. Si el pensamiento descubriese en los espejos cambiantes de los fenómenos, relaciones eternas que los pudiesen definir y resumirse a sí mismas en un principio único, se podría hablar de una dicha del espíritu...” (Digamos, poder unificar). “Esta nostalgia de la unidad, este apetito de absoluto ilustra un movimiento esencial en el drama humano. Pero que esta nostalgia sea un hecho no significa que deba ser satisfecha. Porque en realidad” (dice Camus) “si afirmamos la realidad del uno, cualquiera que sea, caemos en la contradicción de que un espíritu capaz de la unificación establece ya con el resto del universo su propia diferencia y afirma así el principio de diversidad. Todo se ordena en la unidad de aquella nostalgia pero al primer movimiento el mundo se agrieta en infinidad de trozos. En psicología como en lógica, hay verdades, no hay verdad. Pensar de cada imagen un lugar diferente” (aquí aparece la cuestión de la singularidad), “cada idea, cada imagen, cada instante, cada acto nunca repetible, un lugar diferente”. (Dice Camus). “Se abre una proliferación de los fenómenos, caminos que llevan a todas las ciencias o a ninguna. Las experiencias se recortan en un desierto que no hay que abandonar”. (Esta última frase me parece clave). “Tengo que volver siempre a abrir lo que he formado unificable, volver a abrir el cuerpo de pensamiento a cierto desierto de fondo donde tendrán que erigirse nuevas formas de pensamiento, nuevas figuras”.

Entonces, hay un debate constante entre unificar y diversificar.

Ferrater Mora dice que en la historia del pensamiento esa contradicción atraviesa todos los siglos: unificar-diversificar. Entonces, el problema que se plantea en términos epistémicos es el uso de conceptos en las teorías, el papel del concepto. Yo revisé hace poco un seminario que se dicta en la Sorbonne sobre el concepto, la noción de concepto (Benoist, 2010). Y el concepto es una estructura cognitiva muy problemática porque generaliza a ultranza, el concepto no pregunta dónde ni cuándo. Dice conflicto o dice Edipo o dice transferencia, pero no pregunta cuándo, dónde y en qué circunstancias. Y Deleuze dice: “Cuando usted se pregunta por el qué (del concepto) averigüe el cómo, el cuándo y el dónde porque con el qué, usted todavía no responde a nada. Responde a una clase de fenómenos pero en estado abstracto. Y la gran contradicción es entre abstracto y concreto”. Tema que Bleger había visto claro en la demanda de Politzer de una “Psicología concreta”: no nos quedemos en una metapsicología abstracta, veamos de qué concretos se trata.



tar los mosqui

Fíjense la diversidad, en los concretos. Hay pacientes que se acercan al tratamiento solo una vez por semana porque temen que el tratamiento les haga daño. Por ejemplo alguien que viene con conflictos de pareja y dice: “vengo con dudas porque me han dicho que los analistas son partidarios del divorcio, entonces vengo a estudiarlo a usted”. Pero fíjense lo que es la diversidad; en Lanús, cuando trabajábamos con Goldenberg, el paciente no podía venir más de una vez por semana o porque no tenía dinero para el colectivo del segundo viaje, o porque en el trabajo lo dejaban salir solo una vez por semana. Esto plantea un gran asunto que es un psicoanálisis abstracto, que usa una metapsicología abstracta, o un psicoanálisis concreto que se ciñe a situaciones específicas siempre variantes, cuyas condiciones hay que indagar cada vez para ver de qué se trata. Castoriadis hizo un buen replanteo del asunto cuando dijo “hay que salir de ese pensamiento que hace conjuntos y les da identidades generalizadas”, él le llama pensamiento “conjuntista identitario”. Dice “ese pensamiento no piensa, clasifica”. Cuando ve algo que podría entrar en la bolsa de un concepto, dice “¡ah sí, la transferencia!”. Y ya generalizó y ya clasificó, dice ahí clasifica pero no piensa si tiene que haber transferencia cómo, en qué instante, de qué manera. Este es un punto clave.

Ahora, el tema, hoy por hoy, apunta a que tengamos que abrir más el panorama de las diversidades. Y quiero mencionar diferentes tipos de diversidades que se nos presentan. Una es la diversidad de las situaciones clínicas, tenemos un espectro enorme de situaciones clínicas: más graves, más agudas, neurosis más compatibles con la vida cotidiana, pacientes descompensados, fronterizos... diversidad de la clínica. Tenemos otro tema que es la diversidad de las culturas, y se refiere a que cuando un paciente consulta a un analista vale la pena pensarlo como situación de encuentro entre dos subculturas. La subcultura psi de la que somos portadores se encuentra con el paciente, que muy frecuentemente es portador de una cultura no psi. Entonces el tema es –y es una pregunta ahora–: si son dos subculturas, ¿en qué cultura se va a desenvolver el diálogo? ¿Vamos a forzar la cultura psi sobre el universo no psi o a la inversa nos vamos a amoldar nosotros? ¿O va a haber que negociar una cultura intermedia entre ambas subculturas? Asunto que me parece merece una indagación continua en la clínica: ¿En qué lenguaje nos comunicamos? ¿Con qué modelos de lo humano, de las emociones, de las conductas...? ¿Con qué modelos?

Otra noción de diversidad. Hace años que en Harvard se sostiene una investigación sobre tipos de inteligencia y aparece que la inteligencia no es una en general, sino que hay tipos de inteligencia. Me interesó ver los tipos de inteligencia, hay inteligencia más del tipo analítico conceptual, hay inteligencias donde prevalece lo práctico, hay inteligencias creadoras que difieren en el modo de procesar. Hay una inteligencia muy vista en Harvard que es inteligencia del cuerpo en el espacio, una inteligencia corporal, hay inteligencia musical en la que prevalece la percepción de lo sonoro por sobre otros en que prevalece a lo mejor lo conceptual, lo teórico, analítico. Entonces ahí tenemos que en el encuentro analítico, cualquiera de ellos, puede haber un cruce de inteligencias diferentes, y entonces tenemos que ver cómo procesamos esta diversidad de modos de acercarnos al pensamiento.

Por último, agrego la diferencia que realizó Liberman en su momento, que era las diferencias de estilos. Cuando Liberman dice “el paciente con estilo histérico requiere de mi parte una respuesta no histérica sino más vale de estilo esquizoide” y, viceversa, cuando dice “el paciente con tendencia esquizoide requiere de mi parte una respuesta más histérica”, en el sentido alegórico, ¿no?, histérica por emocional no por histérica, sino por expresiva emocional. Está contando de la diversidad de los estilos, cómo ponemos en relación diversos estilos que no son uno. Como dice Camus “nunca es uno”, siempre el uno se nos va por los bordes hacia una diversidad y siempre hay mucho en juego. Eso es parte de la diversidad.

Me atengo a los diez minutos, es el primer minuto de un largo asunto. [risas]

Hugo Lerner: Uno nunca sabe si es una ventaja o una desventaja ser el último orador y especialmente después de dos lúcidas exposiciones. Porque uno viene con algo armado, pero resulta que los dos anteriores me detonaron múltiples asociaciones.

La primera pregunta que me hago es si este encuentro sería realizable en una institución no IPA. Luego voy a volver a por qué me formulo este interrogante.

Cabral habló de algo que a mí me parece sustancial. Yo hace muchos años escribí un capítulo que se llama *Técnicas o rituales* y que, de alguna manera, apuntaba a criticar la ritualización de la técnica. En aquel trabajo recurrí a Lakatos, que afirmó que una teoría tiene un núcleo central y un cinturón protector; los elementos que le dan identidad están en el núcleo y no en el cinturón. El núcleo central nunca podría ser un elemento técnico. En nuestra disciplina, la noción de inconsciente se sitúa dentro del núcleo central, en tanto que la asociación libre y la atención flotante son instrumentos para acceder al inconsciente y son parte del cinturón. Si hubiese otros elementos técnicos eficientes, podrían eventualmente desplazar a la asociación libre y a la atención flotante, pero hasta que no haya un cambio radical de paradigma nunca podría ser reemplazado el núcleo central. Por lo tanto, debemos tener cuidado y no colocar a la técnica como núcleo central. Hoy en día, tanto desde la teoría como desde la técnica se le demanda al psicoanálisis una expansión de su núcleo para que siga siendo actual y vigente. Si esto sucediera se ampliaría su base de sustentación, o sea la teoría, eso inevitablemente enriquecería y vivificaría el psicoanálisis. De aquí se desprende lo que pienso: la frecuencia de sesiones no define qué es psicoanálisis, lo define su teoría.

Los analistas “obedientes” se congelan detrás de una “técnica verdadera” y lo que Lakatos afirma es que lo importante en cualquier ciencia es transitar el núcleo de la teoría. El núcleo es la teoría, la técnica es secundaria a la teoría que se emplee. O sea, él dice: “Yo nunca discuto técnicas, discuto teorías. La técnica se desprende de la teoría que yo maneje”.

Obviamente, en nuestro medio pareciera que esto no es aplicable, ya que nosotros nos la pasamos discutiendo aspectos técnicos. Y Alberto citó como al pasar que la frecuencia no definiría un proceso psicoanalítico, con lo cual yo estoy totalmente de acuerdo. En el año



dije antes, él planteaba que habrá algunos caminos mejores, y otros peores, pero muchas veces las mismas tienen que ver con el estilo de un analista. Liberman hablaba de estilos complementarios y se refería a la comunicación. Él se había apartado del analista concebido como receptáculo helado que no interviene y está “totalmente frío”, cual cirujano y dijo no, señores, si pasa esto yo le voy a contraponer con un estilo, lo que él llamó estilos complementarios.

En fin, voy a terminar con una cita de Steiner. No es textual, ya que yo le he intercalado algunos agregados. Él dice lo siguiente:

Al ocuparse del origen de las disciplinas humanísticas o humanas, Steiner (1974) propone usar el concepto de “mitologías”, en el sentido de que dichas disciplinas muestran “un cuadro completo del hombre en el mundo”. Muchas veces estas mitologías no permiten la refutación, son sistemas totales que dan explicaciones totales. También tienen inicios y desarrollos reconocibles: “Habrá un grupo original de discípulos que estarán en contacto inmediato con el maestro, con el genio del fundador. Pero pronto, algunos de ellos provocarán una ruptura en forma de herejía. Producirán mitologías o submitologías rivales, y entonces se observará algo muy importante. Los ortodoxos del movimiento original odiarán a esos herejes, a los que perseguirán con una enemistad mucho más encarnizada de la que descargarían contra el no creyente. No es la increencia lo que temen, sino la forma herética de su propio movimiento”.

Añade Steiner que una “mitología verdadera” construye lenguajes e idiomas propios, emblemas, banderas, metáforas y escenarios

característicos. Construye sus propios mitos. Nos dice que “una mitología describe el mundo en términos de ciertos gestos, rituales y símbolos esenciales”. Sugiere que este modo de entender diversas disciplinas sería el resultado de la decadencia que ha tenido la religión, la cual ha dejado profundamente arraigada en Occidente una nostalgia del Absoluto. “Como nunca anteriormente, hoy [...] tenemos hambre de mitos, de explicaciones totales, y anhelamos profundamente una profecía con garantías”.

Siguiendo con estas ideas, quisiera vincular mi planteo con la libertad creativa en el proceso analítico y postular que debemos alejarnos de toda tentación de establecer pautas “religiosas” rígidas, sacras y ritualizadas. Debemos saber que ser, como dice Steiner, “nostalgiosos del Absoluto” nos llevará a encerrarnos en nuestra disciplina y a una repetición esterilizante.

Muchos “guiños de secta” se han instalado en muchas de las instituciones psicoanalíticas. Son las situaciones que han llevado a aseverar erróneamente qué es psicoanálisis o no lo es, como podría ser la frecuencia de sesiones, y si nos sometemos a esos conceptos ritualizados creemos que nos definen como analistas. Cuando yo comencé por los caminos de la salud mental, hice psiquiatría. Había que pasar por la trinchera de los “casos pesados” y paralelamente nos dedicábamos a estudiar psicoanálisis. Creíamos que ciertos signos (barba-pipa-diván) definían al ser psicoanalista (en mi caso faltó la pipa). Ahora lo increíble, y de esto hace muchos años, y en el año 2000 la IPA siguió afirmando lo mismo. No acerca de la barba y de la pipa, pero sí afirmando que lo que define al psicoanálisis es diván y frecuencia (está en el *newsletter* que ya cité). A mí personalmente afirmaciones de esta índole me parecen casi un horror, y creo derivan de una situación ligada a la política interna institucional y no a un problema de la teoría y de la clínica psicoanalítica.

Posteriormente a este primer tramo de las exposiciones, el público formuló comentarios y preguntas respecto de variados tópicos:

¿Cambia la interpretación transferencial, el mundo fantasmático y la elaboración en los tratamientos de una vez por semana? ¿En virtud de qué procesos el analista se autoriza a realizar los cambios de encuadre de los que hablamos? ¿El análisis del analista requiere una experiencia de un análisis de una vez por semana? ¿O pensamos que, si el analista está bien analizado, esto no es necesario? ¿Puede ocurrir que los analistas no se animen, por dificultades contratransferenciales, a proponer tratamientos de más de una vez por semana que los pacientes aceptarían, pero a ellos les cuesta proponer? ¿Podrían los analistas aportar alguna perla acerca de las peculiaridades de la interpretación en tratamientos de una vez por semana que ellos hayan encontrado en su propia práctica? ¿Cuánto influyen en las idolatrías por ciertas teorías el tema del poder quién tiene el poder en el ámbito psicoanalítico? ¿Qué pasa en nuestra disciplina que la diversidad de prácticas no se refleja en un cambio en las teorías y lo que se escucha es siempre lo mismo? ¿Hasta qué punto todo lo que estamos diciendo no tiene que ver también con cambios culturales que se fueron dando en el mundo?

A. C.: ¿En qué medida podemos los analistas recuperar el poder de interpelación que –sobre la teoría– tiene nuestra práctica cotidiana? Creo que acá, esta posibilidad de dejar la puerta abierta para esta interpelación, es uno de los saldos de un análisis de formación exitoso del analista. Digo exitoso en términos de promover en el futuro analista una relación con la teoría *que lo oriente...*, pero que no lo convierta en un “robot de analista” (Lacan) que supone que cuenta, *ya*, con todas las respuestas. Una relación-brújula con la teoría, y no con una teoría-bunker detrás de la cual parapetarse, protegido de la angustia que las novedades de la clínica generan. No lo puedo desarrollar acá, solo lo indico: una tal relación con la teoría va –para mí– de la mano de una elaboración adecuada de la identificación al padre (el saber teórico es uno de sus tantos relevos), que permita prescindir de él, después de haberse servido de él (Lacan).

Por otra parte, me parece que sería muy bueno que los análisis de formación de los analistas puedan familiarizar al futuro practicante con una flexibilidad o una administración artesanal del encuadre. Porque efectivamente es mucho el daño que le hacemos al psicoanálisis, al futuro de nuestra práctica clínica, cuando concebimos la formación ligada excluyentemente a una forma predeterminada de *setting*.

Yo había traído una pequeña viñeta que, a mi juicio, mostraba la riqueza del proceso de elaboración de un duelo en una paciente que en estos momentos está trabajando una vez por semana. Es una paciente que en su momento, hace cuatro o cinco años, trabajó tres veces por semana; después de su casamiento, pasó a dos; interrumpió su análisis con el nacimiento de su primera hija y lo retomó cuando esta tenía un año. Me parece que es el tipo de paciente y el tipo de tratamientos que tenemos habitualmente. Va oscilando, no está congelado en “paciente de una vez por semana”.

Y una pequeña cuestión en relación con la interpretación, al menos para abrir la discusión. Se planteó si hay las mismas posibilidades de “entender” la interpretación en el paciente de una vez por semana, que en pacientes que se analizan con una mayor frecuencia. Yo no adhiero tanto a la idea de “entender” la interpretación. Tiendo a pensar las cosas en términos de pacientes refractarios o permeables al efecto de la interpretación. Cuando Freud se plantea la pregunta “¿cuándo empiezo a interpretar?”, responde “bueno, una vez que se haya producido un allegamiento del paciente a la persona del médico”, y luego dice “una vez que se haya instalado una *transferencia operativa*”. En ningún lugar encontré en Freud, qué es lo que él entiende por transferencia operativa. Pero me parece que estamos autorizados por otros textos de Freud y por reflexiones de postfreudianos a pensar que eso que él llama transferencia operativa da cuenta de una posición subjetiva muy particular; la posición que podríamos llamar *analizante* y que es la de quien acepta, admite –y no por sometimiento, sino por convicción íntima– que todo lo que dice en la sesión... puede llegar a querer decir otra cosa. Y que esa “otra cosa” le puede llegar a ser devuelta vía interpretación. Estamos tan familiarizados con esta *posición analizante* que nos parece que es una posición que va de suyo; pero por algo Freud hablaba de entrevistas preliminares y de instalar una transferencia operativa: porque se necesita una modificación, un cambio, en la posición

subjetiva convencional. Es lo que hace que los analistas clásicos dijeran que una interpretación fuera de contexto es una agresión. Y claro: fuera de contexto, esto es, cuando no hay una transferencia operativa instalada, seguramente la propuesta interpretativa, al no contar con ese “mordiente”, no va a poder prosperar.

Yo tiendo a pensar la problemática de la interpretación y de su eficacia desde ese ángulo, y no tanto en función de la frecuencia de sesiones con que está trabajando en ese momento el paciente. Y si registro refractariedad a la interpretación, tiendo a pensarla en relación con oscilaciones que se están produciendo en la transferencia operativa o, en términos de Lacan, a vacilaciones en la función del “sujeto supuesto al saber”. Son oscilaciones que es importante registrar, para preguntarse qué intervenciones pueden contribuir a relanzar la transferencia operativa: en algunas ocasiones, una modificación –temporaria o no– en el *setting* que se venía empleando puede ser de utilidad.

H. F.: ¡Qué difícil nombrar varias cosas en minutos!

Primero, una cuestión sobre la práctica. Hay una tradición teoricista que en su momento se expresaba en Althusser, que decía que la práctica no es más que un momento de la teoría. Esa posición teoricista es, desde el punto de vista de la historia del saber, enteramente endeble porque las teorías se van construyendo, cuestionando y modificando gracias a que las prácticas van dictando otras direcciones. En oposición al teoricismo tipo Althusser, voy a mencionar una breve conversación de Deleuze con Foucault que es sobre la relación entre teoría y práctica. Deleuze le dice a Foucault: “Toda teoría surge, crece y se desarrolla hasta llegar a un punto de detención. Ese punto de detención se levanta ante la teoría como un muro infranqueable. Ese muro va a tener que ser perforado por una práctica”.

Cuando yo leí eso dije “¡al diablo! Cambió la relación entre teoría y práctica”. La práctica no viene subordinada a la teoría, le perfora el muro que la teoría no puede franquear. Fijense la jerarquía epistémica que toma la práctica. En el fondo enlaza con las tesis de Marx sobre Feuerbach, porque Marx en las once tesis sobre Feuerbach, en la tesis 11 dice: “Los filósofos se creyeron que se trataba de comprender el mundo, de interpretar al mundo. Se trataba de transformarlo”. Es decir, hacía falta –decía Marx– una práctica que entre en el mundo para ver de qué se trata y permita pensarlo. Con lo cual, la práctica tomaba una fuerza muy muy importante. Esa práctica entonces, no es solamente el lugar de aplicación, es un lugar de investigación, es un lugar de cuestionamientos. Teoría y práctica nunca pueden superponerse por lo que decían Foucault y Deleuze “son dos mundos que no se sintetizan, dos mundos que no se sintetizan en uno”. Y la no síntesis entre teoría y práctica venía desde Kant, cuando Kant dice “razón teórica, razón práctica”. La razón teórica busca coherencia conceptual; la razón práctica, en cambio busca cierta eficacia. Lo que hay que preguntarse es con qué tiene que ver la eficacia, con qué tipo de coherencia conceptual. Porque, de pronto, la ineficacia plantea problemas teóricos y la eficacia plantea otros problemas teóricos a rever.

Segundo, esto es una síntesis del tema, creo que distinguir con Kant entre razón práctica y razón teórica para los analistas sería más que necesario, de lo contrario todo gira siempre en torno a un teorismo y no se sale de la metapsicología freudiana ya formulada. Y de ahí hay que salir para remover las bases, volver a pensarlas. Si una práctica no cuestiona la teoría es porque no se ha profundizado.

Otra cosa: se preguntó por algunos criterios de novedad o creatividad en una sesión semanal. Yo voy a mencionar dos.

Un paciente fóbico que tenía mucha dificultad en el contacto con su mundo interno en sesión sentía que escuchaba poco la sesión porque no había contactado lo suficiente. Entonces, con una sesión semanal poco escuchada decía, “Me llevo muy poco, ¿yo no podría grabar la sesión y después la escucho sólo en casa?”. “Sí”, le dije, “grábela y escúchela”. Este paciente grababa la sesión y la escuchaba en casa no menos de cuatro veces en la semana. Bueno, con el trabajo sobre la sesión grabada este paciente pudo cada vez más entrar en su mundo interno y vencer la fobia. Hizo un proceso interesantísimo que no ocurría antes cuando solo tenía la sesión única.

Otro criterio práctico sería: ¿cómo podemos alternar el análisis con el autoanálisis? Una manera sería, en el intervalo entre dos sesiones de distintas semanas, proponerle al paciente que escriba la sesión que tuvo y lo que se le ocurre en la semana, como nuevas asociaciones escritas, y que traiga todo ese material como la sesión que él tuvo con él y virtualmente con nosotros y trabajemos la sesión de a dos y la sesión consigo mismo. Ese material es un material muy rico. Yo le di a una paciente que venía bastante confusa, con dificultades para pensar, la tarea de escribir en un cuaderno el trabajo entre sesiones. A lo largo del tiempo escribió ochenta cuadernos. Y ella me decía “en la biblioteca yo tengo un tesoro que son los ochenta cuadernos. Porque por ejemplo tengo ahora problemas con un novio y me voy a cinco años atrás qué me pasaba con otro novio”...

Una clave para trabajar en cualquier frecuencia de sesiones es construir alianza analítica. Trabajo que en cierta manera desarrolló Elizabeth Zetzel en Estados Unidos. La alianza supone cierto acuerdo sobre el método que vamos a usar y cierto acuerdo sobre la frecuencia que vamos a usar, y cierta expectativa de que ese método con esa frecuencia va a dar algún resultado positivo que podemos esperar. El trabajo de construcción de alianza es clave, porque, si no, es ejercicio de poder. Si no se construye la alianza o lo que Freud llamó *rapport*, es el poder del analista de imponer al paciente algo que no han construido conjuntamente. Ese me parece un punto bastante clave.

Por último, en mi experiencia, yo he sido paciente de muchos métodos de análisis, tengo la impresión de que cuantos más métodos de terapia vivamos como pacientes mejor vamos a desarrollar nuestro instrumental. Esa es mi experiencia personal. Casi no hay método de terapia en el que yo no haya sido paciente; individual, grupal, analítica, modo gestáltico...

H.L.: Está muy bien el desarrollo que Héctor hace entre teoría y práctica, y cómo en la interrelación entre ambas, cuál de ellas cambia a la otra. Hubo un epistemólogo que me gustó mucho porque era un

rebelde innovador: Feyerabend, que escribió un librito: *Tratado contra el método*.

Aquí él plantea, efectivamente algo parecido, que las reglas de aplicación de una teoría lo que hacen es ver cómo se estimulan las teorías que provocan esas reglas. Pero que el científico tiene que estar habituado a la teoría del error. En última instancia, dice, las técnicas son un conjunto de errores que lo que hacen es alimentar el núcleo teórico.

H. F.: Pequeño agregado de Lakatos, que dice: “Ninguna teoría puede dar cuenta de todos los hechos del dominio al que se refiere”.

H.L.: Exactamente. Quería decir esto en función de que Feyerabend le da un lugar a la técnica, pero obviamente es un lugar secundario que alimenta la teoría en función de los errores que nosotros en la clínica podemos generar.

Ahora, volviendo a algunas preguntas, una pregunta que yo haría en general es ¿cuántas interpretaciones transferenciales hacemos? Primera pregunta que se relaciona frecuentemente con la frecuencia de sesiones, como si con baja frecuencia no se pudieran hacer. Igual sigue en pie: ¿cuántas interpretaciones transferenciales hacemos? A mí me parece que la situación no se define por lo de la frecuencia porque habrá procesos analíticos de cuatro sesiones en el cual la transferencia no se interpreta nunca, y en una sesión tal vez se interprete, porque se hace ostensible.

Hay un libro sobre Freud que lamentablemente está agotado, –yo tengo una fotocopia–, cuyo título es: *Diario de mi análisis con Freud* de Smiley Blanton. Smiley Blanton era un psiquiatra americano que quería aprender psicoanálisis, visita a Freud, y le dice: “Don Freud, quiero aprender psicoanálisis”. Comenzado el tratamiento como parte de su deseo de *training*, y Blanton que estaba apurado porque tenía que volver a Estados Unidos, a cada sesión que iba le tiraba un sueño pensando que eso era lo esperable. Decía esto es análisis del inconsciente y este el camino, entonces Freud le dice “Smiley, en la vida hay otras cosas aparte del inconsciente”. Freud le estaba interpretando la resistencia, claramente y creo que también que hay aspectos de la realidad que él no traía... Pero fíjense el estilo, cuando hoy o tal vez, muchos años atrás hubiésemos dicho “qué divino, este paciente me trae tantos sueños”. Entonces, me parece que esto funciona como evidencia de que todo hay que adecuarlo a la situación contextual.

Resumen

El panel discute los reajustes clínicos necesarios en los tratamientos psicoanalíticos de una o dos veces por semana. ¿Qué transformaciones impone esta nueva realidad en el abordaje clínico en su conjunto y más en particular en la construcción de la interpretación? ¿Cómo pensamos la comunicación de la interpretación? ¿Señalaríamos diferencias en cuanto a la posibilidad de formular interpretaciones transferenciales? ¿Vemos diferencias en cuanto a la posibilidad de los pacientes de entender interpretaciones que se refieran a su

mundo fantasmático? ¿Cómo pensar la cuestión de la elaboración?
¿La condición de analítico de un tratamiento depende de la frecuencia?
¿Cómo articular la respuesta que demos con nuestras posturas epistemológicas?
¿En qué medida estuvo hasta el momento el tratamiento de estas cuestiones centrales muy interferido por problemáticas de poder institucional?

Descriptor: *Enquadre. Candidatos a descriptor:* *Interpretación, Transferencia, Formación del analista, Institución.*

Abstract

The panel discusses clinical readjustments needed for once- or twice-a-week psychoanalytic treatments. What modifications does this new reality demand regarding our overall clinical approach and, in particular, the construction of an interpretation? How do we look at the ways in which we communicate an interpretation? Should we point to differences related to our ability to formulate transference interpretations? Do we see differences concerning patients' ability to understand interpretations referring to their fantasy world? How do we ponder the working-through process? Does the analytic nature of a treatment depend on its frequency? How do we connect our answer with our epistemological perspective? To what extent has the discussion of these critical issues been hampered by institutional power issues?

Keyword: *Approach. Candidates to keyword:* *Interpretation, Transference, Analyst training, Institution.*

Referencias

- Branton, S. (1974). *Diario de mi análisis con Freud*. Buenos Aires: Corregidor. (Trabajo original publicado en 1971).
- Camus, A. (2010). *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada (Trabajo original publicado en 1942).
- Faimberg, H. (2006). El discurso narcisista como resistencia a la escucha psicoanalítica; un clásico sometido al test de la idolatría. En H. Faimberg, *El telescopaje de generaciones; a la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 2001).
- Foucault, M. (2012). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza.
- Freud, S. (1992). Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica. En J. L. Etcheverry (trad.), *Obras completas* (vol. 17). Buenos Aires: Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1918).
- Lakatos, I. (1983). *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza. (Trabajo original publicado en 1978).
- Lerner, H. (2004). Técnicas o rituales. En H. Lerner (comp.), *Psicoanálisis: cambios y permanencias*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Liberman, D. (2009). *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Marx, K. (2010). Tesis sobre Feuerbach. En C. Marx y F. Engels, *Tesis sobre Feuerbach y otros escritos filosóficos*. Caracas: El perro y la rana. (Trabajo original publicado en 1845).
- Steiner, G. (2016). *Nostalgia del Absoluto*. Madrid: Siruela. (Trabajo original publicado en 1974).